

Capítulo VII

Una Escalera de Peldaños Suelos...



Ernesto y yo llegamos a México D.F., una metrópoli moderna; estaba mucho más adelantada que todas las ciudades que había conocido y la gente era más abierta. *Era una ciudad, a la vez, diferente e igual a las del Perú.* Hicimos planes para tomar un autobús o un tren a los Estados Unidos. Nuestro destino era Mexicali, el único lugar donde el tren mexicano paraba cerca a la frontera. Viajamos en segunda o tercera clase. Yo era un veterano en viajes similares, y eso era algo natural para mí.

Después de días de viaje con privaciones debido a la necesidad de ahorrar dinero porque sólo tenía cincuenta dólares, llegamos a Mexicali que era muy parecida a las ciudades pobres de los desiertos en el Perú, con gente indígena y mestiza, pero aún así, me parecía algo más desarrollada. Entramos a Estados Unidos por su ciudad fronteriza de Caléxico, el 17 de julio de 1957. El tiempo era caluroso y yo estaba usando un saco grande y pesado de mi padre, que él me había dado. Las autoridades de inmigración de Estados

Unidos usaban pulcros uniformes verdes, traían pistolas y eran muy robustos, todos gringos. Nos preguntaron para dónde estábamos yendo y con qué propósitos, mientras revisaban nuestros documentos. Yo hablaba más inglés que Ernesto y respondí que estábamos yendo a Brigham Young University en Utah y que éramos del Perú. Mostraban curiosidad y actuaban cordialmente con nosotros, probablemente nunca habían visto peruanos cruzando esta parte de la frontera. ¡Para mi asombro!, aquí estaba en Norteamérica y todavía veía mexicanos pobres, y calles polvorientas. ¡Mi mente quedó en blanco! Pensaba que quizá estábamos siendo engañados por el gobierno americano, dado que ellos estaban en una guerra publicitaria con Rusia.

No podía creer que ya estábamos en el lado americano. ¿Qué sucedió con los altos edificios, la suave música, los actores, la gente bien vestida? ¿Era una equivocación? Lo que pensé inmediatamente fue que podríamos estar en un campo de concentración como en la Unión Soviética; después de todo, había una guerra fría entre estos dos países. Sosteniendo mi pequeña maleta de cuero, caminamos por las calles sin pavimento. No habían “americanos” alrededor, por lo menos no habían gringos.

Seguimos caminando y entramos a una cafetería y esta sí nos parecía, como lo había visto en las revistas y películas: limpia, con aire acondicionado, música de rock and roll, una fuente de soda y helados dentro de una caja antiséptica de aluminio. Por primera vez vi un merengue de limón dentro de una vitrina refrigerada. Deseaba ese fresco pastel blanco y amarillo, pero el precio era demasiado alto —cerca de veinticinco centavos—. En cambio, pedimos agua, que nos fue servida con hielo y en limpios vasos. Sabía agradable. Ahora empezaba a sentir lo que yo imaginaba, cómo

debía ser América. Cruzamos la calle donde estaban los taxis y le pedimos a un gringo con su *yellow cab* para que nos llevara a Los Angeles. Pensábamos que estaba cerca. El chofer sonrió irónicamente y nos dijo que estaba demasiado lejos y era caro, por lo que recomendaba que tomáramos el autobús. Conversé con el taxista por un rato. Creo que él no había visto peruanos antes, encontrándonos algo diferentes a los mexicanos del lugar, y nos trató con simpatía. Le agradecí por su ayuda y le ofrecí diez centavos, que para mí era algo de dinero en mi país, más o menos unos cinco soles. Él sonrió y me devolvió la moneda. Los taxistas eran más respetuosos en aquellos días, o quizás mi actitud era diferente, dado que yo era nuevo en el país.

Recuerdo que leyendo la versión hispana del *Reader's Digest*, en Huaraz, cuando casi moría de tifoidea, durante mi delirio febril, soñaba que estaba viajando en un moderno autobús azul en los Estados Unidos, exactamente como lo anunciaba el aviso del *Digest*. Entonces despertaba, empapado en sudor y en mis defecaciones aguadas. Cuando me dirigí a la estación de Greyhound, vi el mismo autobús —grande, elegante, limpio y azul—. No había un autobús como éste, de donde yo venía en ese tiempo; además, yo siempre había viajado en camiones con mis hermanos indígenas y sus rebaños. El conductor, con uniforme azul, nos indicó que el vehículo saldría a las dos de la tarde. Teníamos tiempo para permanecer en Caléxico. Mientras esperábamos, entré a una oficina, donde aparentemente, estaban ofreciendo ayuda legal a mexicanos que se dirigían a Los Angeles. Entré y me di cuenta que se necesitaba barrer y trapear el piso, de manera que pregunté si podía limpiar la oficina. El dueño del negocio, un americano, pero no de ojos azules ni de pelo rubio, como imaginaba a los gringos, y probablen-

te de extracción europea oriental, dijo: *¡Yes!, ¡do it!* Empecé a limpiar el local. Yo nunca había hecho esa clase de trabajo en el Perú, pero aquí estaba con una escoba, un raro trapeador y fluidos desconocidos. Hice un buen trabajo. El hombre me dio un dólar, que para mí era un montón de dinero. Abrí mi billetera y lo añadí a todo mi capital. Tenía ahora un dólar extra con la imagen de Washington. *¡Esta era la tierra de la oportunidad, sin duda!*

Abordamos el autobús, con aire acondicionado y salimos para Los Angeles. El escenario era increíble, millas y millas de tierras llanas, verdes y fértiles, con gente de piel oscura tostada, trabajando en los campos. Desde el autobús podíamos ver lujosas casas con piscinas iguales a las que se exhibían en las revistas americanas.

De Los Angeles fuimos al condado de La Puente, donde la cuñada de Ernesto vivía con sus padres. Era una familia mexicana —su casa estaba limpia y bien amoblada—. Por primera vez veía un receptor de televisión y justo en ese momento se veía a una mujer hermosa peruana que era coronada *Miss Universe*. Me alegré por ella, aunque pensé acerca de los indígenas que conforman la mayor parte de la población del Perú.

Ernesto tenía un carro que su hermano le había dejado. Era un Ford 1948. Estábamos planeando ir a Utah en ese vehículo, pero primero teníamos que aprender a manejar, especialmente en aquellas autopistas de Los Angeles.

Como toda gente joven, queríamos usar lo que la juventud americana estaba usando. En Perú los pantalones “jeans” o “Levis” eran para los ricos un símbolo de opulencia. Aquí todo el mundo los usaba. Fuimos a *Sears* y compré un par de jeans, unos zapatos de color raro que estaban de moda y una camisa, tipo Elvis. Todo esto costó unos pocos dólares. ¡Un precio increíble! Sabía que esta-

ba con menos de cincuenta dólares ahora, por lo que me propuse: ¡no más compras! *Sólo quería ser y estar como los demás.* Luego fui al peluquero. Me hice un corte *flat top* al estilo de esos tiempos. Ahora parecía un japonés para algunos y un indio americano para otros; pero cualquiera que fuera el aspecto de mi cara, me sentía un americano. Estaba aprendiendo lo que todos hacían acá.

Los días pasaban en la casa de los parientes de Ernesto y empecé a limpiar el jardín de la casa, lo hice por días y ellos me lo agradecieron. Mi estada fue pagada con mi trabajo. Les agradó mi modo de ser y yo me sentí a gusto en esa casa.

Finalmente, estuvimos listos para salir en ese viejo Ford modelo 1948 con rumbo a Provo, Utah. El día anterior, esa familia nos llevó a Disneylandia, que en ese entonces, sólo tenía dos años de inaugurada ¡Qué fantasía! Para mí, era el epítome de lo que eran los Estados Unidos. ¡Una experiencia que nunca esperaba! Ninguna visita posterior a Disneylandia igualaría el impacto de esa primera vez.

En nuestro camino a Utah, cruzamos el desierto y paramos en Las Vegas. Gastamos algo de dinero en los casinos, pero no perdimos mucho. Por aquellos días, esta ciudad tenía una atmósfera de vaqueros y era menos opulenta de lo que es ahora. En las noches, y en este desierto, podíamos ver al *Sputnik*. *¡Ya estaba, ahora, en el siglo XX!*

Llegamos a Provo, una limpia y pequeña ciudad universitaria. Su gente era extremadamente gentil con nosotros. Mrs. Müirhead nos recibió en su casa y nos puso en unos cuartos que ella arrendaba a los estudiantes extranjeros. Esta ciudad universitaria llegaría a ser parte de mi vida por cinco años. *¡Fue donde comencé a ser lo que hoy soy!*; incluso, las raíces de mi familia comenzaron allí. La mayoría de la gente de este estado era mormona y muy religiosa.

Brigham Young University era una universidad de casta religiosa, un nuevo ambiente casi extraño, como lo recuerdo —¡gracias a Dios!— era un lugar donde una persona joven podía ir a la universidad y sentirse como en familia. El campus era bellissimo y muy acogedor para los estudiantes extranjeros provenientes de todo el mundo. Antes de registrarse, uno tenía que firmar un contrato de absoluta abstención de alcohol y cigarro, lo cual acepté.

Mi problema mayor era ¿cómo mantenerme económicamente? Mis padres solían mandarme dinero, pero los dólares eran muy cotizados por lo cual me mandaban muy poco. Empecé a trabajar mientras iba a la universidad. Cuando no era la época de estudios, solía trabajar en los campos de cultivo desde la salida hasta la puesta del sol. Fue aquí que me di cuenta del prejuicio hacia los mexicanos; y ahora esto también venía a ser mi problema. Durante el verano, había abundancia de trabajo en la cosecha de manzanas y fresas. Mucha gente joven iba a los campos y aguardaban su turno para ser llamados mientras esperaban sentados afuera del huerto.

Entre nosotros habían muchos extranjeros y del país esperando su turno para recoger la fruta. Los jóvenes americanos y rubios, entraban al campo primero y recogían muchas manzanas del piso que caían tan sólo sacudiendo los árboles, luego tomaban las frutas de las ramas bajas que podían ser cogidas con facilidad. Al mediodía, cuando el sol calentaba más, nosotros —ahora todos considerados mexicanos— éramos llamados y se nos entregaba una escalera para recoger el resto de la poca fruta que quedaba. Después de los primeros recogedores habían muy pocas manzanas en los árboles y las que quedaban estaban en las ramas altas. De esa forma, en un día de trabajo sólo pude llenar dos canastas y gané ochenta y cinco centavos. *Sí, ¡lo recuerdo muy bien!* Pero aún, era muy buen

dinero y no nos sentíamos mortificados por el favoritismo, porque no podíamos hacer nada contra esto. *¡Así eran esos días en este país!* Al menos, uno no estaba obligado a trabajar, y los muchachos de raza blanca estaban haciendo el mismo trabajo que hacíamos nosotros, aunque tenían alguna ventaja.

También trabajaba en una fábrica de conservas, empezando a las cuatro de la mañana hasta el fin del día. El pago era de setenta y cinco centavos por hora —un buen salario— si uno podía conseguir el trabajo. Recuerdo haber tenido la peor tarea, que consistía en poner las latas calientes tan rápido como llegaban —al fin de la polea— en unas cajas de cartón que al llenarse se hacían pesadas y uno tenía que levantarlas. No había descanso, si uno paraba toda la línea de producción se retrasaba y se producía el amontonamiento de latas *¡Hablando de monotonía y trabajo tedioso! ¿Cómo una persona podía hacer esto continuamente para vivir?* Todos los trabajadores teníamos un descanso de dos o tres minutos cada hora y estábamos tan cansados que bien podríamos haber caído, en donde estábamos parados. El ambiente era caliente, vaporoso y ruidoso. Todos los trabajadores éramos estudiantes, y como sólo era un trabajo de pocas semanas, no nos afectaba mucho y hacíamos buen dinero. *Yo estaba agradecido y aprendiendo la ética americana, que en esos días era ¡trabajar y trabajar duro!*

Otro empleo que conseguí fue en una plantación de Mr. Mülenstein, quien me dio todo el trabajo que podía realizar en los días en que no iba a la universidad, mayormente los sábados y domingos, desde el amanecer hasta el anochecer. Esta labor era dura, porque podía contemplar la belleza de las montañas Uinta, que me recordaban a los Andes. Mis momentos de descanso, mientras me sostenía con la pala contra el suelo, consistían en contar los vago-

nes de los trenes de carga que pasaban y me parecía un desfile interminable. Yo admiraba esos monstruos metálicos, así como sus ensordecedores ruidos, cuyo eco se repetía en las montañas nevadas, y *que hacían darme cuenta de la fuerza de este país.*

A la par que mi inglés mejoraba, empecé a tomar cursos más serios. Al fin del primer año, ya tenía un trabajo estable en el campus de la universidad, como custodio de limpieza de las aulas. Mi horario era de cuatro de la madrugada a siete de la mañana, con un pago de setenta y cinco centavos por hora, y que hice por los cinco años que estuve ahí.

En una madrugada, cuando la luz del sol recién aparecía, vi a una trabajadora nueva, Anja Hovland, mientras esperaba que la puerta del edificio mayor fuera abierta. Era una muchacha que usaba un largo abrigo oscuro de estilo europeo, estudiante extranjera procedente de Noruega, atractiva y aparentaba ser muy joven, de manera que me fue fácil establecer una conversación sin timidez. Entramos al edificio de ciencias, que tenía grandes pinturas. Le hablé de los trabajos de arte dándole mis opiniones. Yo no sabía que ella era una artista realizada en su propio país, que hablaba cinco o seis idiomas y era una mormona devota con dos años de misionera en Finlandia. ¡Bueno!, me imagino que ella estaba tratando de conocer latinoamericanos, y yo, tratando de conocer europeos. Nos hicimos amigos y tiempo después, me enamoré de ella. *Mi mundo llegó a tener más sentido; tenía alguien a quien podía considerar parte de mi vida, en este gran país donde no tenía a nadie.*

Durante las vacaciones de verano buscaba trabajo en otros estados que ofrecían mejor paga, usualmente eso significaba California. Ahora tenía otro carro: un Mercury 56, blanco y rojo.

Mi primer carro había sido un Oldsmobile 1949, de color gris, modelo automático con un chasis aerodinámico y propio de

las películas de los años de 1940. Una de las fechas más celebradas en los Estados Unidos, es *Thanksgiving*, algunos de los estudiantes extranjeros fuimos invitados a una casa grande de campo y llegamos en mi carro viejo. Era mi primera y memorable cena de Acción de Gracias, tal como —inocentemente— se representaba en las pinturas de Norman Rockwell, un pintor americano. La cena fue tan abundante, que “*comimos por diez días atrasados y diez días adelantados*”, debido a que nunca teníamos dinero para comer. Al término de la comida invité a la hija de nuestro anfitrión para un paseo en mi recién comprado automóvil antiguo. Ella era rubia y simpática. Desde luego, no habían ideas de romance porque Provo era una ciudad de completa inocencia, voluntaria o impuesta. Mientras yo estaba conduciendo el vehículo por las angostas y polvorientas vías del campo, el auto se malogró y empezó a abrirse porque el eje frontal se rompió en la mitad y quedó aplastado sobre su parte delantera, como un sapo. El apuro fue jocoso, ya que podría considerarse como mi primera cita. Su padre vino y me ayudó a salir de este problema mecánico.

Esos primeros años en la universidad fueron utilizados en el aprendizaje de inglés, el uso de las costumbres de este país y el ajuste a la vida mormona. Para entonces, estaba leyendo toda clase de libros, especialmente de filosofía. Había gran cantidad de libros disponibles como nunca antes había conocido. En mis ratos de lectura pensaba como si estuviera ayudando a mi país, dando discursos en mi imaginación, acerca de cómo los indígenas y los criollos podrían trabajar juntos por una gran nación. En algún libro hallé una frase que hasta hoy día está en mi mente: “*Estudia y prepárate, y cuando llegue tu tiempo, entonces estarás listo para ayudar a tu país*”.

En esos días, el servicio de inmigración solía ser muy estricto, especialmente con los extranjeros con visa de estudiante. Teníamos que conseguir un permiso especial para trabajar a tiempo completo durante el verano, y conseguíamos ese permiso solamente, si manteníamos buenas calificaciones y permanecíamos en la universidad. Si algún estudiante tenía problemas era retornado a su país sin explicaciones.

Yo era uno de los pocos estudiantes que tenía automóvil. Un verano decidí con Anja y otros estudiantes ir a Los Angeles, lugar donde se podía encontrar trabajo y buen pago. Ella fue a trabajar como tutora de niños de una familia rica en Santa Ana, y yo, fui a buscar trabajo. Salir de Provo a otras grandes ciudades, era como ir del cielo a Sodoma y Gomorra. Dejé a algunos de mis amigos y a Anja en sus lugares de destino, en el área de Los Angeles; y entonces, quedé solo en esta gran metrópoli llena de autopistas con gente que no era muy amistosa.

Empecé a buscar trabajo. Por días manejé por todo Los Angeles y Long Beach, usualmente durmiendo en mi carro. No tenía oficio y sólo buscaba cualquier trabajo por el verano. Por primera vez me daba cuenta de la discriminación. En aquellos días no habían muchos mexicanos en el país, y si los habían se hallaban en segundo plano. Yo era ingenuo, y pensaba que era parte de la sociedad americana. *En mi país, vi discriminación que raramente la sufrí en mi persona, pero la sentí en la piel de otros.*

Después de días de recorrido y haber parado en todos los puestos de hamburguesas y hot dogs, no me daban trabajo. Por lo general, todos los jóvenes americanos, de ojos azules o “anglos”, lo conseguían.

En una oportunidad entré a un lugar de venta de hamburguesas y solicité trabajo. El dueño del negocio, un gringo, me entregó

la hoja de aplicación para llenarla. Me sorprendió, porque la mayor parte del tiempo, me decían en español y sarcásticamente: *¡No work!* Esta vez, llené la solicitud junto con algunos muchachos anglos. Una vez terminada la entrevista y cuando comenzaba a manejar el auto, me di cuenta que había olvidado escribir mi número de seguro social en la solicitud. De manera que regresé al lugar y le pedí al “manager” que me la devolviera para llenarla debidamente. El dueño murmuró algo despectivo y sin ninguna vacilación me señaló mi papel estrujado en el canasto de la basura. *¡Así era en esos días!*

Mientras manejaba y seguía buscando empleo, vi unas construcciones. Pregunté por trabajo, dándome cuenta que todos los excavadores de canales eran “mexicanos”. Un viejo, de la misma procedencia, gritaba en alta voz desde abajo que no había vacante. Salió de la zanja abierta y me miró con compasión, repitiendo que no había necesidad de otro trabajador en el lugar, *y me dio un billete de un dólar*. A mi entender, yo no me veía como un mendigo, pero el acto de esta buena persona me hizo pensar y empecé a darme cuenta que estaba en la misma condición en la que ellos se encontraban y mi situación no estaba mejorando.

Un día, alguien me recomendó a un peruano que estaba viviendo en el área de West Covina. Me permitió dormir en su casa y por sus relaciones me consiguió un trabajo en el Country Club. Fui aceptado como lavaplatos. ¡Al fin!, tenía un lugar para dormir y para trabajar.

Aquí veía la opulencia y el desperdicio. Habían grandes fiestas en este exclusivo club. Una vez tuvieron un “luau” y en cada plato había un pollo entero con su complemento de aderezo hawaiano. A medida que limpiaba los platos, tenía que botar a la basura comida sin que hubiera sido tocada o no terminada. No lo podía creer.

Aquella gente fumaba y bebía en grandes cantidades; eran diferentes. En el trabajo, empecé a ser identificado como mormón, aunque sabían que era católico, pero eso no me fastidiaba. Los mozos, incluyendo el “chef” de cocina, que era mi jefe, solía hacer burla de la dualidad de mi persona y empecé a darme cuenta que no gozaba de simpatía porque yo era un estudiante universitario. Creo que no podían aceptar un “estudiante mormón-católico-mexicano-peruano” como lavaplatos. Me llamaban “Pancho” tal como lo hacían con la mayoría de los “mexicanos” en esos días.

El verano terminó y regresé a BYU con dinero y nuevas experiencias. *No estaba resentido; esta nación era grande y diversa, y la gente diferente, de manera que la discriminación no tenía gran impacto, como la tenía en mi propio país. ¡Yo esperaba que esto sucedería en Norteamérica!*

Personalmente no estaba interesado en Ingeniería, aunque me había registrado en ese colegio por deseo de mi padre. Incluso, solía llevar una regla de cálculo en mi cinto, como lo hacían los otros estudiantes de ingeniería, pero también continuaba tomando clases de educación general.

Llegó otro verano y regresé a Los Angeles, esta vez como “lavaplatos profesional”. Busqué esa clase de trabajo, y usualmente lo encontraba, mientras que no pidiera el puesto de mesero. *¡Si yo trabajaba en la cocina, no había problema!*

Estaba viviendo en casa del doctor Evans, un médico en Tustin, condado de Orange. Mi cuarto estaba en el sótano y estaba lleno de libros. Allí encontré una novela del escritor norteamericano, Morton Thompson, *Not as a stranger*, la historia de un joven médico con todo el idealismo de esta profesión. El libro me impresionó y me di cuenta de que siempre quise ser un doctor en Medi-

cina y que quería ayudar a los pobres, especialmente en el Perú. El sueño de llegar a ser un médico en este país, se convirtió en una pasión, nuevamente. *¡Una difícil misión a emprender!*, tal como fue para venir a los Estados Unidos.

La década de los años 1950, era la edad de oro de la Medicina americana. Ser doctor, era el símbolo máximo de categoría social y solamente los más inteligentes, hábiles y privilegiados, llegaban a ser médicos. Este país era —y aún lo es— la cuna y la meca de la Medicina en el mundo. Alguien que dijera: “Yo quiero ser médico”, implicaba algo de credibilidad pragmática y visual. La gente tenía una noción idealizada de cómo un doctor debía parecer, definitivamente, *¡no la de un lavador de platos!* Ciertamente: *¡no la de un mexicano-peruano!* Cuanto más leía la novela *No como un extraño* (llevada al cine protagonizada por Robert Mitchum), más entusiasmo y optimismo llegaba a tener.

Finalmente, le dije a Anja que yo quería ser doctor. Ella me creyó, sin dudar de mis habilidades. Lo discutimos, y le dije de mis sueños de ir al Perú para ayudar a los pobres. *La riqueza no era mi objetivo; mi idealismo era como una religión.*

Como lavador de platos, conseguí un trabajo en Tustin, en el restaurant Branding Iron Steak House. Mis compañeros de trabajo, el cocinero y las meseras se acercaron para conocerme, se enteraron que estaba yendo a la universidad y querían saber para qué estaba estudiando. Cuando empecé a decirles que yo quería ser un doctor en Medicina, la respuesta fue una risotada general. El comentario fue: “¡Miren a Pancho! ¡Quiere ser un doctor!”. Las bur-las siguieron. *¡Gracias a aquellas personas, mi propósito y deseo de ser un médico se hacía cada vez más persistente!*

Más y más estaba percibiendo el resentimiento de los otros trabajadores y mis mecanismos de defensa eran también evidentes.

Llegué a ser un experto operando lavadoras automáticas de platos y consideraba que podía estudiar al mismo tiempo. Ponia un colgador de alambre en el vaporoso estante del lavador y colocaba mi libro como un director coloca su partitura ante la orquesta sinfónica. Podía limpiar los restos de comida, enjuagar los platos con una manguera especial y ponerlos sobre la correa automática eficientemente sin tener que mirar lo que hacía, mientras focalizaba mi vista en el libro. Me resultaba práctico, especialmente cuando hacía esa labor por diez a doce horas, —y a veces veinte— al día cuando tenía dos empleos. Una vez fui despedido del trabajo “junto con mi libro”, porque el dueño del negocio pensaba que yo lo hacía para ostentar y minimizar a los otros. En esos días, poca gente iba a la universidad, y para los mexicanos o los hoy llamados latinos, como yo, era una rareza el hacerlo.

Pasó otro verano y regresé a BYU con más experiencia. Ahora estaba ganando más dinero que mi padre, pero mi madre, sin conocimiento de él, estaba trabajando para poder enviarme más fondos. Ella realmente pensaba que yo estaba pasando tiempos difíciles, aunque yo le escribía y le manifestaba en mis cartas, que este país estaba lleno de oportunidades y que me iba bien, *¡lo cual era así!*

De nuevo en la universidad, cambié de Ingeniería a premédicas. Eso no era nada raro, porque un tercio de los estudiantes eran de Premedicina, Preodontología, y el otro tercio, Prederecho. *¡Empero, llegar a ingresar a la Escuela de Medicina, eso era otra historia!*

Mis consejeros, profesores y amigos, consideraban que mi ostentación e inalcanzable deseo de ser doctor era algo imposible. Empecé a tomar cursos avanzados, la competencia en el club de premédicas era reñida. La única calificación aceptable para entrar a

la Escuela de Medicina era la máxima: “+A”. Algunos estudiantes tomaban sólo una o dos materias de las requeridas con el objeto de alcanzar buenos grados. Yo solía tomar tantos créditos como fuera posible en un semestre. Mi sed por el conocimiento era voraz y se podían tomar más clases sin que hubiera aumento en los costos de matrícula, ése fue mi error, pero posteriormente me ayudó en mi entrevista como aspirante a estudiante de Medicina.

Comencé a indagar sobre la admisión a las escuelas de Medicina. Todas las respuestas eran sorprendentes rechazos, y algunas declaraban inequívocamente que ningún estudiante extranjero era admitido y me aconsejaban que estudiara otra cosa diferente. Fui a la Universidad de Utah para hablar en la oficina de admisión. La secretaria, me preguntó: “¿Qué era lo que quería?”. Le dije que anhelaba entrar a la Escuela de Medicina. Me miró y me dijo que le parecía imposible, a menos que yo fuera un estudiante excepcional o hubiera hecho investigaciones especiales o, descubierto algo. Me habló de un estudiante japonés que había sido admitido, pero que era un genio. Bueno, yo no era nada de lo mencionado por la secretaria, de manera que todo terminó allí.

En BYU encontré un profesor que tenía fe en mis capacidades, el doctor Clark G. Gubbler, director del Departamento de Bioquímica. Él me presentó a un aspirante a Medicina, Sheldon Sofer, un investigador químico de espíritu decidido. Quería ingresar a la Escuela de Medicina en forma no convencional, posiblemente descubriendo una curación para las enfermedades mentales. Sheldon era sorprendente, enérgico y solía conseguir concesiones para su investigación en el metabolismo de la serotonina y sus posibles efectos en los ataques convulsivos. Llegamos a ser buenos amigos y me puso a trabajar en su proyecto investigativo. *¡Ahora, yo*

era un respetable investigador bioquímico de mandil blanco, con centenares de ratas blancas y un mimado roedor blanco al que conservé su vida! Tenía que sacrificar miles de esos pobres especímenes. Para fines de investigación los inyectaba con varias drogas, sacándoles las glándulas adrenales y el cerebro para cuantificar su contenido de serotonina. Sheldon nunca tomó clases de Bioquímica, pero podía discutir las intrincadas fórmulas de su proyecto de investigación con el mejor de los químicos. Yo lo admiraba. Me hacía sentir tan inadecuado que continuaba estudiando intensamente mientras él estaba detrás de ese glorioso día de su descubrimiento y la admisión a la escuela médica y posiblemente la obtención del Premio Nobel en Medicina.

Yo ahora estaba obteniendo un bachillerato en Psicología y Bioquímica, pero aún estaba trabajando en la limpieza de aulas, de cuatro a siete de la mañana diariamente. Durante el día, a veces solía quedarme dormido en las clases y generalmente todo lo que quería era dormir. A veces actuaba como un sonámbulo.

De nuevo en mi monótono trabajo, inventé un modo de abatir el aburrimiento de barrer y encerar grandes salones de clases. Me ingenié en poner un gancho sobre el regulador de la máquina de aspirar, tal como lo había hecho con el transportador de la lavadora de platos, donde podía poner mi libro y así estudiar mientras trabajaba. Esto me ayudó muchísimo, porque el tiempo era esencial y en aquellas tempranas horas, yo estaba más lúcido y despierto.

Pasó otro verano, esta vez había boda en el horizonte. Justo después de mi examen final, Anja y yo contrajimos matrimonio. Como ella no podía casarse fuera de su religión —en el verano previo mientras estaba en la casa del doctor Evans y estudiaba el

Libro de Mormón y la Biblia— un domingo en la mañana fui bautizado por el doctor Evans y abracé esta religión. Esta conversión vino más como una acción de convicción personal ya que el Dios de ellos era el mismo Dios de los católicos, y sentía el deseo de ser parte de esa buena gente que era como mi familia. Ellos mayormente ponían en práctica lo que predicaban. Mi unión matrimonial no fue una boda de fantasía ni en el templo Mormón.

Como lo hacían algunos estudiantes casados, compré una casa de remolque, y me mudé con mi esposa a un pintoresco lugar cerca del río. Los veranos e inviernos eran intolerables en esta casa móvil, de manera que permanecíamos en la biblioteca todo el día, porque no teníamos dinero para pagar por calefacción o aire acondicionado.

Tomé la prueba de admisión o MCAT (Medical College Admission Test), que es requisito para todos los postulantes en los Estados Unidos; lo hice en dos oportunidades, la segunda con mejoría ostensible y mejor calificación. *El objetivo era que yo perseverara sin importarme lo que pasara.*

Empecé a enviar solicitudes a las escuelas médicas con mayor seriedad y los rechazos eran más severos. Por aquellos tiempos de los años 1960, no habían programas de “acción afirmativa”, o ayuda a las minorías, como los hay en la actualidad. El hecho es que incluso para un estudiante americano con calificación superior al promedio era difícil conseguir ingreso a una escuela médica. La competencia era tan difícil que me recordaba al Perú, y esta vez peor, porque aquí, había abierta discriminación en el campo de la Medicina, y más aún, la gran cantidad de dinero que se necesitaba era un tremendo obstáculo.

Llegó otro verano, Ernesto, Armando y yo fuimos a San Francisco para buscar trabajo. Esta vez fui sin mi esposa. En esta histó-

rica ciudad, nos convertimos en empresarios y decidimos trabajar pintando casas. Todo iba bien hasta que nos vimos confrontados con un piquete de pintores de la Unión Laboral, que nos hicieron pasar malos ratos donde fuera que nosotros trabajáramos. Al igual que en las viejas películas de los años 1930, los dirigentes de las “uniones” hostigaban a los trabajadores no sindicalizados. Nos llevaron a sus oficinas, un edificio deteriorado y viejo, donde unos tipos que parecían “gangsters” jugaban en una mesa de billar y fumaban demasiado. El humo era tan denso que no se podía ver la cara de la otra persona con quien se conversaba. El jefe del sindicato quería que paráramos de hacer los trabajos, además, no quería que nos uniéramos a su organización; quizás porque éramos extranjeros o no teníamos suficiente dinero para hacer frente a las obligaciones, o por cuestiones raciales. Continuamos pintando casas, mayormente aquellas que los miembros de la Unión no querían, o no podían pintarlas. Las casas que trabajábamos en el Condado Marín, estaban en la zona italiana sobre esas famosas subidas y bajadas de calles, donde no había lugar para poner una escalera en un nivel horizontal, nos arriesgábamos y ajustábamos ésta, de modo tal, que un pie de la escalera se colocaba en “terra firma” y el otro ¡en las manos de Dios! Las casas eran altas y diseñadas con ornamentaciones que eran difíciles de pintar. Aquellos propietarios miraban cada rajadura o grieta que dejábamos sin tocar y vociferaban en su lengua, y nos decían que rellenáramos y pintáramos las superficies no tocadas. Una casa en particular nos tomó bastante tiempo, pero los dueños, dos hermanos, simpatizaron con nosotros y nos invitaban todas las noches abundante comida italiana, de modo que hacíamos un buen trabajo y perdíamos dinero, pero ellos nos hacían sentir como verdaderas personas. Los italianos que en

verdad son latinos, tienen similitudes con nuestra raza indo-hispana, por lo cual podíamos entendernos unos a otros, e incluso nos protegían de los miembros de los sindicatos. ¡Eran muy expresivos y no habían piquetes alrededor de sus casas!

Mi esposa decidió venir y tomamos un cuarto en el distrito de Mission en el centro de San Francisco. Ella empezó a ver la vida de los mexico-americanos, que ciertamente era opuesta a la vida en los suburbios anglo-americanos y muy diferente a Provo, Utah.

De algún modo, ahorramos dinero para la universidad y regresamos a Provo. Yo estaba ya en mi cuarto año en BYU. La mayoría de los estudiantes europeos habían terminado sus estudios, y aquellos que se quedaban para doctorados recibían trabajos como bibliotecarios, empleados de oficina, o asistentes de profesores. Muchos de los estudiantes tercermundistas o “latinos” habían abandonado la universidad antes de graduarse. Los pocos que quedábamos estábamos aún haciendo labores domésticas. Yo todavía, era un barredor de salas y mi esposa, que estaba consiguiendo su maestría, trabajaba en el departamento de Arte.

Mis compañeros del curso de inglés procedían de todo el mundo. Mi mejor amigo era Jim Magüeru, natural de Kenya. Era negro y tenía el más característico acento. Aunque la gente era cortés con él, se podía percibir que no siempre era sincera, hacía chanzas con él y era como mi hermano. Recuerdo que él contaba con poco dinero y le decía que le escribiera a “Tarzán” porque podría ser que el actor de estas películas, le enviaría algo de ayuda, ya que él había hecho muchos filmes en África y se había enriquecido a costa de mucha gente de su color. Él sólo se reía y pensaba que eso era divertido. Ahora, no sería correcto hacer estas insinuaciones raciales, pero entre los estudiantes extranjeros solíamos bromear unos a otros,

sobre el origen de nuestros países. Jim también quería ser doctor, pero nunca oí de él después que dejé BYU.

En una mañana muy temprano, mientras estaba limpiando los pisos en el salón de ciencias, llegó Anja para decirme que estaba esperando un bebé. Ambos nos pusimos alegres y felices. Yo me puse filosófico. *Los eventos de la vida nos tocan a medida que el tiempo transcurre, y ahora yo iba a ser un hombre con familia. Seguí limpiando el piso de mármol verde, contemplando las figuras geométricas de los mosaicos y pensando: ¡cuán lejos tenía que ir y yo recién — apenas— estaba empezando!*

Por ahora, mis solicitudes a las escuelas médicas eran más persistentes, algunas de ellas por segunda o tercera vez, y los rechazos continuaban llegando. Las repetidas solicitudes tenían las mejores calificaciones y había acumulado más créditos, pero no eran suficientes para ser admitido.

El doctor Gubbler, mi mentor y profesor de Bioquímica y el doctor Allen, profesor de embriología, mandaron cartas de recomendación a las universidades. Yo había aprobado muy bien en sus cursos difíciles y competitivos. También el decano de los estudiantes escuchó mis deseos de llegar a ser un doctor y de ayudar a la gente pobre. Él creía en mi sinceridad, y escribió cartas de recomendación positivas acerca de mi carácter y motivaciones.

Al fin, en mi quinto año en este país y en Premédicas, recibí una carta de la Escuela de Medicina de la Universidad de Saint Louis, en Missouri. Deseaban entrevistarme, lo cual era una forma de decir “*Sí lo queremos admitir*”, pero “*primeramente queremos verlo*”; de modo que me pidieron que fuera a St. Louis.

Los viajes en avión no eran la forma más barata de transporte en ese entonces, por lo que tomé uno de los famosos trenes de

pasajeros, vistos en incontables películas. Conseguí dinero, compré un buen terno en Sears y salí por vía férrea a Saint Louis. Nuevamente, viajaba en la clase más barata, y una vez más tenía que decir el inolvidable adiós a mi esposa. Una ansiedad e incertidumbre me invadía, pero presentía que —esta vez— iba a ser el viaje decisivo en mi futuro.

Era mi primer viaje hacia el este de Estados Unidos. El tren partió, y como en las películas, un hombre de color, dirigió la partida. Estaba vestido con un uniforme oscuro y una gruesa gorra azul y con voz estentórea decía: “¡Saaiinnt Louuiiee, alllll abooarrrd!”, en un peculiar acento típico de los conductores de trenes de esos tiempos. El vapor, las campanas, y los pitos, eran sonidos que me traían tristeza y remembranzas de los trenes en el Perú. Me sentía muy sensible, especialmente en esta partida.

A medida que el tren se deslizaba y avanzaba hora tras hora, podía ver las hermosas montañas y la amplia naturaleza pasando con rapidez y mis pensamientos volvían a esos tiempos, cuando solía viajar en los altiplanos de los Andes. *¡Sólo podía pensar en la vastedad de la vida, en las incertidumbres del futuro y lo imprevisible de todo ello!*

El dinero era escaso, pero yo tenía mis pensamientos y mis libros como pilares de fuerza moral. Quería tomar una soda y fui al coche salón. ¡Mi error! Habían varios hombres como en las películas del oeste, bebiendo escocés, fumando puros y con los pies sobre la mesa. ¡No habían “mexicanos” en este lugar! Yo, tímidamente pasé por las confortables mesas y sillas de cuero y llegué hasta el hombre que atendía en el bar. Pedí una bebida gaseosa. El mozo del bar era alto, y su voz muy áspera. Me había estado mirando desde el momento en que entré, y respondió en alta voz y arrogantemen-

te: *“¡Aquí no atendemos a indios!”*. Creo que me tomó como un indio americano; tenía un corto y grueso cabello negro con fuertes rasgos faciales de mi raza, de manera que no pude culparlo. Regresé a mi asiento de segunda clase y comí mi sandwich con agua. Pensé que si el hombre del bar hubiera sabido que yo era un estudiante de premedicina, a punto de ser aceptado en una profesión honorable —a lo mejor— las cosas habrían sido diferentes. Además, sentía como sienten los mormones; era formal, no fumaba ni bebía y mi futuro podía ser brillante. De modo que no me sentí discriminado, sino incomprendido.

El tren seguía su marcha y mi mente se ponía a pensar en la posibilidad de fracasar, pero los espacios abiertos, la soledad de las montañas, y el continuo y persistente sonido de la locomotora me hacían olvidar ese pesimismo. Paramos en muchas ciudades donde subían y bajaban pasajeros y la diferencia en el hablar y maneras de ser, eran evidentes en comparación con los mormones. Las ciudades y las gentes no parecían muy acogedoras.

Después de un largo recorrido de dos días, llegué a Saint Louis; históricamente éste era el punto de partida para la conquista del ¡Oeste americano! Era el lugar donde los nuevos inmigrantes de Europa iniciaban sus jornadas para hallar oro y fortuna en el oeste, y escenario de innumerables películas de vaqueros. Yo, ahora, estaba viajando en sentido contrario, para enfrentar mi destino. Llegué en la tarde a la estación de trenes situada en el centro de la ciudad, la que se veía como los celoides de los años 1930. El lugar estaba lleno de gente. El olor del humo era persistente, y me sentía desconcertado y perdido, mucho más que cuando llegué a Estados Unidos por Caléxico.

Tomé mi pequeña valija y salí a la calle. La ciudad era como aquellas que yo me había imaginado en Perú, pero ahora yo estaba

acostumbrado a la limpia, inocente y pequeña ciudad universitaria de Provo. Me decía a mí mismo, que si no conseguía ser aceptado en la Escuela de Medicina aquí, en Saint Louis, “no lo sentiría mucho”.

¡No sabía dónde quedaba la universidad! Tomé un *trolley-bus* y le pedí al conductor que me dijera dónde bajar para llegar a mi lugar de destino. ¡Allí estaba!, justo en medio de la vieja ciudad con sus gastados edificios de ladrillos color rojo y negro. Bajé en la avenida Grand, allí me di cuenta que la Escuela de Medicina estaba a un par de millas hacia el norte. No tenía un lugar dónde estar y tenía que encontrar un albergue para alojarme, preferiblemente, un hotel barato. Mis fondos eran escasos. Vi un hotel antiguo en estado de deterioro mientras caminaba por la ancha avenida. Yo creía que un hotel sería un hotel, pero éste era —y lo supe después— un lugar de refugio para ebrios, ancianos y mujeres de vida airada, era el “Hotel Florida”, si mal no recuerdo. La sala de entrada estaba llena de humo y sillas grasientas. El encargado, un hombre de color, se hallaba parado detrás de una ventana con barras y me preguntó si me podía ayudar. Había mucha gente de color en esta ciudad, en Provo había sólo uno y era mi amigo. Pedí un cuarto, con la esperanza que fuera barato. Para mi sorpresa, el costo era de sólo dos dólares. Tomé las llaves y subí al segundo piso. Abrí la puerta, y era un desastre. El marco de la cama era probablemente uno de aquellos que los pioneros trajeron cuando llegaron a Saint Louis. No había agua ni baño. Sólo una habitación, y las almohadas y la ropa de cama estaban tan sucias que el piso de madera parecía más limpio. *¿Esto es los Estados Unidos?, me pregunté. ¡Me senté en medio de la suciedad! ¡Aquí estoy, a puertas de la más grande de todas las profesiones! ¡Sí! ¡Esto es lo que este país era y no tenía que*

lamentarme! Abrí una ventana de madera, grande y vieja que no había sido usada por años, tuve que forzarla y jalar lentamente. Podía escuchar los crujidos de la ventana que se resistía a que sus dos hojas se separaran. Allí estaban, unas palomas en sus nidos, con sus pichones y cuidé de no perturbarlas. Me contenté de ver animales en esta desolada parte de la ciudad. Hice un esfuerzo para no importunarlas, aunque no creo que ellas estuvieran interesadas en que lo hiciera, y muy posiblemente estaban acostumbradas a la gente. La vista estaba bloqueada por grandes edificios de ladrillos rojos. Sólo podía ver el cielo. Saqué de la valija el terno que recién había comprado y lo coloqué con cuidado sobre la silla. Mi cita era al día siguiente, a las 8.30 a.m. Estaba exhausto y preocupado. *¡Mi futuro nunca había parecido tan lúgubre como en este hotel!* De alguna manera, traté de acomodar la cama, escogí un espacio limpio, y me acosté para dormir. A eso de la medianoche, alguien tocó la puerta. Salté de la cama y pregunté: ¿Quién es? Una voz de mujer respondió. Me preguntó que si ella podía entrar. No me percaté si era una mujer de vida airada, pero dije: ¡No!

Con precaución, me eché a dormir. Mirando a través de la ventana abierta, podía ver el oscuro cielo y escuchar los movimientos de las palomas. Era invierno, pero el cuarto estaba caliente y olía a musgo.

Desperté temprano en la mañana al aleteo de las palomas haciendo ruidos de amor. La mañana era seca y fría. Me dirigí al único baño en ese piso. No había regadera, solamente una tina despostillada con líneas grisáceas en todos los niveles sobre la blanca porcelana. El tiempo había corroído las llaves de la pila y habían sido reemplazadas con alicates quebrados. El tiempo seguía corriendo y yo todavía, no sabía cómo llegar a la Escuela de Medicina. Limpié

la bañera y la llené con agua tibia que caía lentamente del oxidado y gastado caño. Apenas pude tomar un baño ligero, tratando de no tocar nada. Mis pensamientos iban a Puno, la ciudad en el altiplano, donde no había ni siquiera esa clase de comodidades. Tenía que hervir el agua en un balde de hojalata afuera en la cocina y luego llevar el agua hervida de regreso a la casa y así lavarme tan sólo la mitad del cuerpo. ¡Y eso era una vez por semana!, mayormente por la frigidez del tiempo. ¡Y acá estaba disgustado con este lujo! La mañana era fría; el baño no tenía calentador, ni siquiera una puerta; sólo una enmohecida cortina plástica.

Regresé a mi cuarto y mientras me vestía, mis pensamientos estaban en la entrevista y mi apariencia era ahora lo más importante.

Salí a la frígida avenida Grand, alineada con árboles de arce con la mitad de sus hojas secas caídas sobre el suelo cubierto de nieve. La vista de ancianos y gente pobre caminando por las calles, era deprimente. La iglesia en la esquina era una antigua construcción gótica. Entré para rezar y pedir ayuda. ¡Sí!, yo era un mormón, pero, ¡aún era un católico de corazón! Esa era la fe de mi niñez, y los santos —especialmente, el Padre Urraca— fueron de gran ayuda para mí.

Tomé el autobús, como si me dirigiera “al encuentro final de mi corta vida”. ¡Allí estaba la Escuela de Medicina!, una antigua edificación de ladrillo rojo, que parecía una capilla. El emblema, —en forma de escudo en la entrada principal— decía: “Ludovici Medicini-1818”. Yo había visto este grabado en folletos, ahora lo tenía frente a mí. Los estudiantes de Medicina, en vestimenta blanca, cruzaban hacia el Hospital Fermin Desloge, un impresionante edificio de piedra que parecía ser parte de la vieja Escuela de Medi-

cina. *¡Oh!, ¿Podría yo, algún día, usar ese blanco uniforme, con un estetoscopio en el bolsillo de mi mandil? ¡Oh!, estos futuros doctores se veían inteligentes, altos y muy presentables. No habían negros ni mexicanos. ¡Parecía una ilusión y algo imposible que alguna vez yo pudiera estar así!*

Entré al edificio de la escuela médica por primera vez. Sentí una reverencia, casi como si entrara a la Capilla Sixtina en Roma. El olor del anfiteatro de anatomía y los laboratorios químicos permeaba el edificio por completo, causándome una sensación de náuseas.

Subí la amplia y gastada escalera y me dirigí a la oficina de admisión. La secretaria, una persona de edad media, me dio la bienvenida y me dijo que regresara a la avenida Grand y luego al Hospital de Niños, “Cardinal Glennon”, que no estaba muy lejos, y donde iba a tener lugar mi entrevista. Bajé la escalera gris de mármol, salí a la calle y ahora mis piernas temblaban, tanto por el frío como por la ansiedad. La caminata final era una agonía. Vi el hospital que parecía como una iglesia. Entré y pregunté pidiendo orientaciones para llegar al salón de entrevistas. Me dirigieron al departamento de rayos X. Esperé en la sala de recibo. Estos momentos eran infinitos, y mis pensamientos estaban en la insignificancia de mis peripecias. El doctor Armand Brodeur apareció y me pidió que entrara. Los doctores C. Rollins Hanlon y Vallee L. Willman estaban sentados, impecablemente vestidos en almidonados y ceremoniosos mandiles blancos. Sus caras infundían profundo respeto y temor. Ambos eran renombrados cirujanos, pero en ese entonces yo no lo sabía. El doctor Brodeur, un radiólogo pediatra, parecía más humano, llevaba un mandil blanco arrugado, usaba una corbata de lazo y estaba siempre sonriente como si tratara de suavizar el alma de los dos cirujanos. *¡Él era mi esperanza! Él encendía esa*

última chispa de optimismo en mi corazón. “¡Siéntese, señor Sánchez!”, dijo él. Y los seis ojos se clavaron en mí, como si me fueran a abrir el alma para ver quién era.

—¿Cómo llegó usted aquí?

—Vine por tren, doctor.

—¿Cuándo llegó usted?

—Anoche, doctor.

—¿Dónde se aloja?

Hice una pausa y no podía decirles dónde había pasado la noche. Probablemente ellos tenían idea de ese hotel y su sórdido ambiente y dije: En el “Hotel Claridge”, que era un hotel grande, cerca de la estación del tren y que yo había visto y pensado que este establecimiento sería de mejor reputación. Más tarde, pude enterarme que no lo era. Los médicos sólo atinaron a mover la cabeza.

Miraron mi solicitud, las recomendaciones y la carta que exponía la razón por la que deseaba ser médico, y se fijaron en mis calificaciones.

—¡Oh!, tiene usted una nota baja, “D”, en baile de square dance

—Sí, doctor. Tomé las clases mientras estaba aprendiendo el idioma y pensé que sería fácil, pero resultó lo contrario, porque ninguna de las estudiantes quería escogerme como pareja. Era un mal bailarín y no entendía los movimientos de este baile de vaqueros, y ellas no quisieron verse mal, bailando conmigo. La calificación “D”, fue un acto de bondad de la profesora.

—Veo que tiene usted una “C”, pero tomó el curso de nuevo y logró una “B”.

—Sí, la Historia de América era difícil de entender, y además incluía mucha lectura. Tuve que usar un diccionario para muchas palabras que no conocía.

—Veo que usted también tomó Bioquímica, pero nosotros dictamos ese curso aquí. No tenía necesidad de tomar esa materia.

—Sí, doctor, pero yo era miembro de una investigación.

—¿Qué investigación? ¡Cuéntenos sobre ella!

Así lo hice, explicando el metabolismo de la fenilalanina y serotonina. Hablé de los defectos en el metabolismo de la fenilketonuria y cómo nosotros experimentábamos con diferentes drogas y sacrificábamos ratas tratando de encontrar una cura para las enfermedades mentales (¡Gracias, Sheldon Sofer!, ¡tu modo de impresionar a la gente me ayudó y me sentí bien!). Yo conocía la materia y ellos se quedaron, creo, un poco impresionados.

—¿Cómo va a subvencionar sus estudios? Usted es extranjero y no puede recibir préstamos del Gobierno. ¡Y lo peor!, usted no tendrá tiempo para trabajar.

—Bueno, mi padre pagará la escuela

—¿Es usted casado?

—Sí, y tengo un hijo.

Se miraron los examinadores y sentí que la situación empeoraba.

—¿Es usted mormón?

—¡Sí!

Ellos eran católicos, pero quizás sabían, de algún modo, que yo también era católico y podían ver que yo era un estudiante sano, sin vicios y perseverante. BYU era conocida por sus altos valores morales y eso me favoreció.

Finalmente, el doctor Hanlon me preguntó: ¿Como podría arreglar una tostadora descompuesta? Dije que nunca había tenido una. Se rieron y miraron sus relojes. El doctor Willman y el doctor Hanlon permanecían aún sobrios, majestuosos y profesoriales. Aún

si conseguía ser admitido en la Escuela de Medicina, estos doctores me descalificarían en sus cursos tan temidos. *¡Me sentía sin esperanzas! Era el primer paso de una escalera llena de peldaños sueltos.*

El doctor Brodeur, aún con su cara sonriente me habló en forma bondadosa y me llevó hasta la puerta. Creo que sentía simpatía por mi desempeño, y especialmente por mi limitada situación económica. Era genuinamente una buena persona, como los doctores Hanlon y Willman, *¡pero ellos debían representar lo que eran: grandes cirujanos y profesores!*

Luego de la entrevista, mi alma y mi espíritu estaban libres. No tenía más preocupaciones. Caminé por las calles frías de Saint Louis, con un viento helado que congelaba mi cara. Entré a un café para finalmente degustar un sandwich de salame, el mejor alimento que comía en días. Ahora no me importaba si iba a ser aceptado o no en esta frígida y humeante ciudad. Estaba listo para volver al pequeño Provo, a mi esposa y a mi hijo. Tomé el tren de regreso y esta vez gocé del escenario. No fui al bar y me quedé en mi asiento leyendo mi libro de biología. Todo era un sueño. Había hecho lo mejor posible *¡Pero yo llegaría a ser médico aquí o en la China! ¡No importaba dónde!*